

[CONTRA PRISCILIANISTAS Y ORIGENISTAS.]

CONSULTA O ADVERTENCIA DE OROSIO A AGUSTÍN SOBRE EL ERROR DE LOS PRISCILIANISTAS Y ORIGENISTAS. (C,S)

Al beatísimo padre AGUSTÍN, obispo, OROSIO.

1. Ya había sugerido a tu Santidad, pero meditaba ofrecer un Memorándum de lo sugerido cuando percibiera que estabas libre de otras necesidades de dictado. Pero dado que mis señores, tus hijos, Eutropio y Pablo, obispos, también siervos tuyos, movidos por la utilidad de la salvación de todos, ya han dado un memorándum sobre algunas herejías, aunque no han señalado todas; fue necesario para mí apresurarme a publicar y reunir en uno todas las raíces y ramas de las perdiciones, y ofrecerlas a tu ardiente espíritu, para que, al ver el ejército y la maldad, puedas decidir qué disposición de virtud aplicar. Tú, beatísimo padre, corta y arranca las plantaciones o injertos malignos de otros, y siembra la verdadera semilla, que nosotros regaremos con tus fuentes. Yo prometo a Dios como testigo, y espero el incremento de tu obra, porque esa tierra que ahora, cultivada insinceramente, exhibe frutos ingratos, si la visitas mandando y llenando con aquel maná escondido, alguna vez producirá abundantemente hasta el centésimo fruto. Que el Señor nuestro Dios, a través de ti, beato padre, corrija con la palabra a aquellos que castigó con la espada. He sido enviado a ti por Dios; de ti espero, mientras considero cómo se ha actuado para que viniera aquí. Reconozco por qué vine: salí de mi patria sin voluntad, sin necesidad, sin consentimiento, llevado por una fuerza oculta, hasta que fui llevado a la costa de esta tierra. Aquí finalmente recobré el entendimiento de que se me mandaba venir a ti. No me juzgues impudente si aceptas mi confesión. Hazme un comerciante idóneo para mi amada señora, habiendo encontrado la perla (Mat. XIII, 46), no un siervo fugitivo que regresa con la sustancia destruida. Hemos sido desgarrados más gravemente por doctores perversos que por los más crueles enemigos. Confesamos la ofensa, tú ves la herida: lo único que queda, con la ayuda del Señor, es otorgar la medicina. Brevemente, mostraré tanto lo que antes fue mal plantado y prevaleció, como lo que después fue peor injertado y prevaleció.

2. Prisciliano, primero más miserable que los maniqueos, porque también confirmó su herejía con el Antiguo Testamento, enseñando que el alma, nacida de Dios, procede de un cierto almacén, profesa ante Dios que luchará, es instruida por la exhortación de los ángeles: luego, descendiendo por ciertos círculos, es capturada por principados malignos, y según la voluntad del príncipe vencedor, es empujada a diferentes cuerpos, y se le asigna un documento de deuda. Por lo cual también afirmaba que la astrología prevalecía, asegurando que Cristo había anulado este documento y lo había clavado en la cruz por su pasión: como el mismo Prisciliano dice en una de sus cartas: «Esta es la primera sabiduría, entender las naturalezas de las virtudes divinas en los tipos de las almas, y la disposición del cuerpo. En la cual el cielo y la tierra parecen estar obligados, y todos los principados del mundo parecen estar restringidos para superar las disposiciones de los santos. Pues el primer círculo de Dios y el documento divino de las almas enviadas en la carne, fabricado con el consenso de los ángeles, Dios y todas las almas, lo poseen los Patriarcas, que poseen la obra de la milicia formal:» y otras cosas. Además, entregó los nombres de los Patriarcas como miembros del alma, ya que Rubén está en la cabeza, Judá en el pecho, Leví en el corazón, Benjamín en los muslos: y similares. Contra esto, en los miembros del cuerpo, están dispuestas las señales del cielo, es decir, el carnero en la cabeza, el toro en el cuello, los gemelos en los brazos, el cangrejo en el pecho, etc. Quiriendo insinuar las tinieblas eternas, y que de estas procedió el príncipe del mundo. Y confirmando esto mismo de un libro que se titula Memoria de los Apóstoles, donde el Salvador parece ser interrogado en secreto por los discípulos, y mostrar

que de la parábola evangélica que dice, Salió el sembrador a sembrar su semilla (Mat. XIII, 3), no fue un buen sembrador: afirmando que si hubiera sido bueno, no habría sido negligente, no habría arrojado la semilla junto al camino, ni en lugares pedregosos, ni en incultos; queriendo entender que este es el que esparce las almas capturadas en diferentes cuerpos que quiere. En el mismo libro se dicen muchas cosas sobre el príncipe de los húmedos y el príncipe del fuego, queriendo entender que todo lo bueno en este mundo se hace por arte, no por el poder de Dios. Dice que hay una cierta luz virgen, que Dios, queriendo dar lluvia a los hombres, la muestra al príncipe de los húmedos: quien, deseando capturarla, se conmueve y suda, y hace llover, y al ser privado de ella, con su mugido provoca truenos. Hablaba de la Trinidad solo de palabra: pues afirmando la unión sin ninguna existencia o propiedad, eliminando el, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, decía que este es un solo Cristo.

3. Entonces dos de mis conciudadanos, Avito, y otro Avito, cuando ya la verdad sola desnudaba tan torpe confusión por sí misma, buscaron tierras extranjeras. Pues uno fue a Jerusalén, el otro a Roma. Al regresar, uno trajo a Orígenes, el otro a Victorino: de estos dos, uno cedió al otro; sin embargo, ambos condenaron a Prisciliano. Conocimos poco a Victorino; porque aún casi antes de sus ediciones, el seguidor de Victorino cedió a Orígenes. Comenzaron entonces a proponer cosas más magníficas de Orígenes, que por una pequeña ocasión la misma verdad precediera. Aprendimos de hecho una doctrina bastante sana sobre la Trinidad, que todo lo que fue hecho, fue hecho por Dios, y todo muy bueno, y hecho de la nada: luego, soluciones de las Escrituras bastante sobrias. Todo esto fue inmediatamente aceptado por los sabios con una purificación fiel de los antiguos. Solo quedó la ofensa de la nada. Pues se persuadió a creer que el alma existía: sin embargo, no se podía persuadir que fue hecha de la nada; argumentando que la voluntad no puede ser de la nada. Esto casi permanece hasta ahora. Estos dos Avitos, y con ellos el santo Basilio el Griego que enseñaban esto beatísimamente, transmitieron algunas cosas de los libros del mismo Orígenes que no eran correctas, como recientemente entiendo. Primero de todo, antes de que las cosas hechas aparecieran, siempre permanecieron hechas en la sabiduría de Dios, diciendo con esta palabra: Pues Dios no comenzó a hacer lo que hizo. Luego dijeron que de los Ángeles, Principados, Potestades, almas y demonios, hay un principio y una sustancia: y que ya sea al arcángel, al alma, o al demonio, se le dio un lugar según la calidad de los méritos, usando esta palabra: Un lugar mayor mereció una culpa menor. El mundo fue hecho finalmente para que en él se purgaran las almas que pecaron antes. El fuego eterno, en el que los pecadores son castigados, no es ni fuego verdadero, ni eterno, predicaron, diciendo que se dijo fuego, el castigo de la propia conciencia: eterno según la etimología griega, no es perpetuo, incluso con el testimonio latino añadido; porque se dijo, en eterno, y, en el siglo del siglo (Sal. IX, 6, etc.) pospuso a eterno: y así todas las almas de los pecadores después de la purgación de la conciencia volverán a la unidad del cuerpo de Cristo. También quisieron afirmar sobre el diablo, pero no prevalecieron: porque como la sustancia en él hecha buena no puede perecer, consumida totalmente la malicia, la sustancia del diablo será salvada alguna vez. Sobre el cuerpo del Señor así enseñaron: que cuando el Hijo de Dios viniendo hasta nosotros después de tantos miles de años, no estuvo ocioso hasta entonces, sino predicando la remisión a los ángeles, potestades, y a todos los superiores, asumiendo la calidad de la forma de aquellos a quienes visitaba, pasó hasta la palpabilidad de la carne en la apariencia de la ascensión: determinando esto con la pasión y resurrección, nuevamente hasta que llegara al Padre ascendiendo se atenuó: así nunca fue dejado el cuerpo, ni Dios reinando en ningún cuerpo es circunscrito. La criatura también sujeta a la corrupción, no queriendo, decían que debía entenderse, el sol y la luna y las estrellas; y que estos no son resplandores elementales, sino

potestades racionales: pero prestan servicio a la corrupción, por aquel que la sujetó en esperanza (Rom. VIII, 20).

4. Esto, como pude retener, está brevemente expuesto, para que, habiendo visto todas las enfermedades, te apresures a aplicar la medicina. Es verdad de Cristo en mí, que por la venerable reverencia de tu Santidad no me atrevería a ser impudente, a menos que con juicio evidente y ordenación de Dios conociera que tú has sido elegido para traer remedios a ese pueblo tan grande y tal, al cual, así como se le impuso una plaga por pecar, así después de la plaga se le debe cuidado. Acuérdate de mí, beatísimo padre, y de muchos que conmigo esperan que tu palabra descienda sobre ellos como el rocío, dignándote ser.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, A OROSIO CONTRA LOS PRISCILIANISTAS Y ORIGENISTAS Un libro. (C)

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Responderte a ti que preguntas, amadísimo hijo Orosio, no debo a todo lo que has puesto en tu Memorándum, ni debo no hacerlo en absoluto, para no parecer que desprecio tu esfuerzo, que me es muy grato, y por ello ofender intemperantemente. Pues en algunas de nuestras obras, que has leído o podrás leer, se han dicho muchas cosas que valen contra la herejía de los priscilianistas: aunque no me propuse refutarlos; pero cuando hacía otra cosa, también hice esto, ahora lo entiendo, cuando escucho de ti lo que ellos sienten. Pues lo que se ha disputado contra los maniqueos en muchos lugares sobre el alma, que aunque según cierto modo suyo es inmortal, sin embargo, al decaer en lo peor y mejorar es mutable, y por ello se demuestra que no es de la sustancia de Dios, también subvierte el dogma de Prisciliano. Pues una vez firmemente establecido esto, que es lo más verdadero, y cada uno advertido en sí mismo lo reconoce fácilmente, ni ellos ni estos encuentran de dónde tejer sus fábulas. Pero, ¿qué necesidad hay de ir cortando las ramas de un error tan locuaz, cuya raíz es más rápido desenterrar y extirpar; especialmente cuando tú mismo te alegras de que esos delirios fabulosos ya estén refutados entre vosotros?

CAPÍTULO II.

2. Pero que la cuestión del alma aún se discuta, si debe decirse que Dios la creó (ya que ya se sabe que no es una partícula o deflución de Él) de la nada, porque parece duro e impío decir que la voluntad de Dios, por la cual fue creada, es nada: esto ya no pertenece a refutar la sacrílega vanidad de Prisciliano. Pues ya sea que el alma haya sido hecha de la nada, o que esto no deba decirse porque fue hecha por la voluntad de Dios, que ciertamente no es nada: sin embargo, porque fue hecha, y no es de la naturaleza de Dios, ciertamente se refuta aquella herejía que sostiene que el alma es primariamente de la naturaleza de Dios, para tener de dónde confeccionar allí cualquier otra falsedad que añada. Sin embargo, porque tampoco esta cuestión debe despreciarse y dejarse sin discusión; debe preguntarse a estos, que por ello no quieren creer que el alma fue hecha de la nada, para no afirmar que la voluntad de Dios por la cual fue creada es nada, debe preguntarse entonces a ellos, si no admiten que ninguna criatura fue hecha de la nada. Pues si lo piensan, se debe temer que intenten introducir otra naturaleza, que no sea Dios, ni tampoco sea nada, que como materia sujeta a Él, si no la tuviera, no podría hacer nada de lo que hizo. Pues mientras se busca de dónde hizo Dios su criatura, se busca cierta materia: como es para el carpintero la madera, o cualquier cuerpo, que si no lo tiene, no podrá hacer lo que se espera de su arte. Cuando se responde, De la nada; ¿qué se responde, sino que no había materia sujeta a Él, que Él mismo no hubiera hecho, para tener de dónde hacer, si quisiera, y que si no la tuviera, no podría hacer? Pues la materia del

mundo, que en las cosas mutables de alguna manera se distingue, fue constituida por Él, por quien fue constituido el mundo. Por lo tanto, aunque Dios hizo o hace algo de otra cosa cualquiera; sin embargo, no lo hizo ni lo hace de una cosa que Él mismo no haya hecho. Por lo tanto, dejando a un lado un poco la naturaleza del alma, si admiten que Dios hizo algo de la nada, que atiendan y vean, lo que sea que sea, que lo hizo por voluntad; pues no hizo nada contra su voluntad: y sin embargo, al decir esto, no se dice que esa misma voluntad sea nada. ¿Por qué entonces temen decir esto del alma, que no dudan en decir de cualquier otra cosa? O si solo afirman que el alma fue hecha por la voluntad de Dios, y sostienen que Él no hizo las demás cosas por voluntad; ¿qué puede decirse más absurdo, más insensato? Pero si todo lo que hizo, lo hizo por voluntad; y sin embargo, al decir esto, no se dice que esa misma voluntad sea nada: que esto también lo acepten del alma.

CAPÍTULO III.

3. Pues cuando se dice, Dios hizo de la nada; no se dice otra cosa, sino, No había de dónde hacer, y sin embargo, porque quiso, hizo. Hasta tal punto, por lo tanto, en lo que se crea de la nada, no se dice que la voluntad del creador sea nada, que principalmente se recomienda. Pues a quien se le dice, Porque tienes el poder de hacer lo que quieras (Sab. XII, 18): ya sea que haya de dónde hacer, o no haya; basta la voluntad, donde hay suma potestad. ¿Cómo, pues, en lo que se crea de la nada, se dice que la voluntad del creador es nada; cuando por ello se puede crear algo de la nada, porque la voluntad del creador, incluso sin materia, se basta a sí misma? Pero si tal vez, no solo el alma, sino ninguna criatura en absoluto quieren admitir que fue hecha de la nada, por ello porque lo que Dios hizo, lo hizo por voluntad, que ciertamente no es nada; que miren de dónde fue hecho el hombre según el cuerpo. Ciertamente, como testifica la Escritura, Dios lo hizo del limo o del polvo de la tierra (Gen. II, 7), y sin duda lo hizo por voluntad: sin embargo, la voluntad de Dios no es polvo o limo. Así como, por lo tanto, en lo que fue hecho del limo, aunque fue hecho por voluntad, la voluntad no es limo; así en lo que fue hecho de la nada, aunque fue hecho por voluntad, la voluntad no es nada.

CAPÍTULO IV.

4. Ahora bien, lo que lamentablemente añadiste, que de la herejía de Prisciliano algunos hombres han caído en el error de Orígenes entre vosotros, y no pudieron ser sanados de esa peste, a menos que también la misma medicina introdujera algo morboso; este dolor no es ciertamente censurable: pues la verdad debió, no la falsedad, expulsar la falsedad; pues esto es cambiar el mal, no evitarlo. Sin embargo, porque de ese mismo Dios creador de todas las criaturas, es decir, de esa misma eterna e inmutable Trinidad, por aquellos que llevaron los libros de Orígenes a vosotros, se transmitió lo que la verdad tiene; contra la cual verdad Prisciliano restauró el antiguo dogma sabelliano, donde se dice que el mismo Padre es el Hijo, que también es el Espíritu Santo, este es peor, porque también sobre el alma así piensa, que no quiere que tenga una naturaleza propia, sino que fluye de Dios mismo como una partícula, y tan deformemente se ensucia y cambia a peor con los maniqueos se atreve a afirmar: no poco bien ha recibido vuestra provincia de esos libros, en esa cosa principalmente en la que se yerra capitalmente; pues sobre el Creador, no sobre la criatura, se sienten cosas tan falsas y tan nefastas. Ya sea que, por lo tanto, quienes se habían desviado a esta fe fueron restituidos, o quienes aún no la conocían, aprendieron por la lectura de esas disputaciones, que se alegren de haber aprendido lo que es sano. Pero lo que también hay de error en ellos, aunque ya veo que lo has conocido; sin embargo, cómo se discute contra tales cosas, allí mejor podrás aprender, donde el error mismo surgió y no hace mucho fue revelado.

CAPÍTULO V.

5. Sin embargo, en cuanto puedo, también yo te advierto, que sobre la corrección del diablo y sus ángeles y su restauración al estado original no te atrevas a pensar nada: no porque envidiemos al diablo y a los demonios, y de ese modo como si devolviéramos el mal de la malevolencia, cuando ellos no por otra cosa sino agitados por los estímulos de la envidia, intentan perturbar nuestros caminos por los cuales nos dirigimos a Dios; sino porque a la última sentencia del sumo y veracísimo Juez, no debemos añadir nada por nuestra presunción. Pues Él mismo predijo que diría a los semejantes de ellos: Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. No debe movernos, para que en este lugar tomemos eterno por duradero, lo que está escrito en otro lugar, En eterno y en siglo del siglo (Sal. IX, 6). Pues el intérprete latino no quiso decir, En eterno y en eterno eterno. Pero porque lo que se dice en griego αἰών, puede interpretarse tanto como siglo como eterno, otros intérpretes más convenientemente tradujeron, En siglo y en siglo del siglo. Pero no se dijo esto donde se dijo, Id al fuego eterno. Pues no se dijo αἰῶνα, sino αἰώνιον: que si se hubiera declinado de siglo, se diría secular en latín, no eterno, que ningún intérprete se atrevió a decir. Por lo tanto, aunque en latín siglo se entienda con algún fin, pero eterno no se suele llamar sino lo que es sin fin; αἰών en griego se entiende a veces como eterno, a veces como siglo: sin embargo, lo que se deriva de este nombre y se llama αἰώνιον, ni los mismos griegos, hasta donde entiendo, suelen entenderlo sino como lo que no tiene fin. Nosotros, sin embargo, ya sea αἰῶνα o αἰώνιον no solemos decir sino eterno; pero αἰῶνα decimos también siglo, αἰώνιον sin embargo no sino eterno. Aunque algunos a veces también se atreven a decir eternal, para que no parezca faltar a la lengua latina la derivación del mismo nombre.

6. Y tal vez, según la costumbre de las Escrituras, encuentren estos algo también llamado αἰώνιον, que no tenga fin, como Dios dice repetidamente en los libros del Antiguo Testamento; Esto os será un estatuto perpetuo (Éxodo XXVIII, 43; Levítico XVI, 34, etc.); lo que en griego se traduce como αἰώνιον: cuando a menudo ordenaba de esa manera sobre tales sacramentos, que iban a tener un fin; aunque si se entienden las palabras con más diligencia, tal vez lo que esos sacramentos significaban no iba a tener fin. Así, para no extenderme más, decimos eterno Dios, no ciertamente estas dos brevísimas sílabas, sino lo que ellas significan. Y el Apóstol habló de tiempos eternos anteriores y antiguos (II Tim. I, 9), lo que en griego se lee como πρὸ χρόνων αἰώνιων. Pues escribiendo a Tito dice: La esperanza de la vida eterna que prometió el Dios que no miente antes de los tiempos eternos (Tito I, 2). Pero cuando los tiempos parecen tener un inicio desde la constitución del mundo, ¿cómo son eternos, sino porque llamó eternos a aquellos que no tienen ningún tiempo antes de ellos?

CAPÍTULO VI.

7. Pero cualquiera que prudentemente advierta lo que se ha dicho, Id al fuego eterno, prueba que se ha dicho que no tiene fin, por el contrario, en ese mismo lugar evangélico sobre la vida eterna que los justos recibirán: pues tampoco esta tiene fin. Así concluyó: Irán estos al castigo eterno; pero los justos, a la vida eterna (Mateo XXV, 41, 46). En ambos casos el griego tiene αἰώνιον. Si la misericordia nos incita a creer que no habrá un castigo sin fin para los impíos, ¿qué creemos sobre la recompensa de los justos, cuando en ambas partes, en el mismo lugar, en la misma sentencia, con la misma palabra se pronuncia eternidad? ¿Diremos de nuevo que los justos también recaerán de esa santificación y vida eterna en la inmundicia de los pecadores y en la muerte? Lejos esté esto de la salud de la fe cristiana. Por lo tanto, ambos se han dicho eternos sin fin, esto es, αἰώνιον: para que al lamentar las penas del diablo, no dudemos del reino de Cristo. Finalmente, si eterno y eterno, esto

es, αἰών y αἰώνιον, suelen ponerse en las Escrituras bajo ambos entendimientos, a veces sin fin, a veces con fin; ¿qué responderemos a las palabras del profeta, donde está escrito, Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará (Isaías LXVI, 24)? Cualquiera que sea el castigo significado con el nombre de gusano y fuego; ciertamente si no morirá ni se apagará, se ha predicho sin fin: y no hacía otra cosa el Profeta al decir esto, sino predecirlo sin fin.

CAPÍTULO VII.

8. También sobre el reino de Cristo, no según aquello que en el principio era el Verbo Dios con Dios (Juan I, 1); pues nadie jamás ha dudado de allí, que sea rey de todos los siglos: sino según la ascunción del hombre y el sacramento del mediador y la encarnación de la virgen, se ha dicho clarísimamente que no tendrá fin, donde el ángel hablando a María, futura madre y virgen que permanecerá, dice entre otras cosas: Este será Grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (Lucas I, 32, 33). ¿Según qué su reino no tendrá fin, sino según aquello que reinará sobre la casa de Jacob? Pues esto que dice, para siempre; por la misma ambigüedad lo explicó añadiendo, su reino no tendrá fin: para que nadie aquí entienda eterno como un siglo que tendrá fin en algún momento. Pero, ¿acaso puede entenderse el reino en la casa de Jacob y en el trono de David, sino en la Iglesia y en ese pueblo que es su reino? del cual también dice el Apóstol, Cuando entregue el reino a Dios y al Padre (I Cor. XV, 24), es decir, cuando lleve a sus santos a la contemplación del Padre, y ciertamente a la suya, según aquello que es Dios igual al Padre. Pues no lo entrega para perderlo él mismo: porque el Padre dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 26), y ciertamente no lo perdió él mismo. Y por lo tanto, si su reino no tendrá fin, ciertamente sus santos que son su reino, reinarán con él sin fin. Pero lo que dice el Apóstol en ese lugar, Luego el fin, cuando entregue el reino a Dios y al Padre; allí el fin, no significa consumación, sino perfección: como se ha dicho, Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4); para que la ley se cumpla, no para que se abrogue. Lo que también significa allí, donde dice: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mateo V, 17).

CAPÍTULO VIII.

9. Pero lo que dicen sobre las criaturas racionales, es decir, los santos ángeles y los demonios inmundos, y las mismas almas de los hombres, que una culpa menor mereció un lugar mayor, no veo con qué impudencia intentan persuadir a la Iglesia de Cristo. Por lo tanto, creemos mejor que Dios no fue llevado a la creación del mundo por los pecados de los espíritus racionales, para que no sigan esas absurdidades, que tendríamos que tener dos soles, o tres, o cuatro, o cuantos fueran necesarios, si muchos espíritus por libre albedrío precedieran con tanta culpa, cuanta los obligaría a ser incluidos en globos similares de cuerpos celestiales: sino que el mundo fue hecho por la bondad de Dios, grande, bueno, por el sumo y no hecho bien; en el cual se hicieron todas las cosas muy buenas según la naturaleza, y unas mejores que otras, ordenadas en grados desde las criaturas más altas hasta las más bajas, para que de esa manera existieran todas las cosas, mientras no existieran solo las mejores, y tuvieran el término de su número, que Dios, creador de todas las naturalezas de las criaturas, vio que debía establecer. Quien no las aprendió hechas, sino que sabía que debían hacerse. De donde aquello que dicen, que en su sabiduría ya estaban hechas todas las cosas, antes de que fueran llevadas a estas formas y modos propios, y aparecieran en sus órdenes, no se dice sobriamente. Pues, ¿cuándo fueron hechas antes de ser hechas? Pero en la sabiduría de Dios pudieron estar las razones de todas las cosas que debían hacerse, no obstante, no hechas. Todas fueron hechas por ella, pero ella misma no fue hecha: porque ella misma es el Verbo

del cual se dice, Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3). Por lo tanto, Dios conocía todas las cosas que hizo antes de hacerlas. Pues no podemos decir que las hizo ignorándolas, y que solo las aprendió hechas; que no sabía qué hacía, sino que sabía lo que hizo. Pues si dijéramos esto de algún artesano humano, pensaríamos insensatamente. Por lo tanto, las conocía para hacerlas, no hechas: las conocía para hacerlas, no porque las hubiera hecho. Por lo tanto, aunque ya eran conocidas, porque no serían hechas sino por alguien que las conocía; no obstante, no comenzaron a ser hechas aquellas que se sabían que debían hacerse, sino después de que se hicieran, aquellas que se sabían que debían hacerse correctamente antes de hacerse.

10. Pero cuando la verdad, que ni opina lo desconocido, ni engaña a nadie, promete nuestra purificación, o más bien nuestra perfección incluso después de la resurrección de los cuerpos espirituales hasta la igualdad con los ángeles (Lucas XX, 36); ¿cómo se dice que los mismos santos ángeles, a quienes seremos igualados purísimos, aún deben ser purgados de sus pecados? Y cuando Dios promete un nuevo cielo y una nueva tierra como morada de los santos y purgados de toda mancha de este siglo (Isaías LXVI, 22), ¿con qué audacia se afirma que no habría existido el mundo, es decir, el cielo y la tierra, sino por la necesidad de purgar los espíritus racionales, que no estarían ni en el cielo ni en la tierra sino por los méritos de los pecados? ¿Qué necesidad tienen entonces los purgados de un nuevo cielo y una nueva tierra, si los purgados son restituidos para ser como eran antes del cielo y la tierra sin cielo y tierra? Si esto fuera completamente cierto, deberíamos dirigir nuestra esperanza hasta aquello que promete la Escritura. Y si fuéramos a ser trasladados de allí a algo mejor, mucho más razonablemente lo aprenderíamos ya estando allí, que ahora no solo creerlo temerariamente, sino también intentar enseñarlo impudicamente. ¿Qué es más absurdo que decir, El cielo y la tierra no existirían, si no fuera necesaria la estructura del mundo para purgar; cuando la Escritura promete otro cielo y otra tierra a los purgados?

11. Además, sobre el sol y la luna y las demás estrellas, vemos que son cuerpos celestiales; que estén animados no lo vemos. Si se lee esto en los Libros divinos, lo creemos. Pues el testimonio de la Epístola del Apóstol que has mencionado que suelen citar, también puede entenderse sobre los hombres solamente; ya que en cada hombre está toda criatura, no universalmente como es el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, sino de manera genérica de algún modo: porque también en él está la racional, que se prueba que tienen los ángeles, o se cree que tienen; y, por así decirlo, la sensitiva, de la cual tampoco carecen las bestias: pues usan de los sentidos y de los movimientos sensuales para buscar lo útil y evitar lo contrario; y la vital privada de sentido, que puede advertirse en los árboles; pues también en nosotros sin nuestro sentido se producen los incrementos del cuerpo, y los cabellos ni sienten cuando se cortan, y sin embargo crecen. Ya la misma criatura corporal aparece más evidentemente en nosotros, que aunque está hecha y formada de tierra, sin embargo tiene en ella algunas partículas de todos los elementos de este mundo corpóreo para la templanza de la salud. Pues también los miembros se animan con el calor, que es del fuego, cuya luz también brilla a través de los ojos; y el aire llena el curso de las venas, que llaman arterias, y las respiraciones del pulmón; y si no hubiera humedad, no fluirían esputos, y la sequedad consumiría la vida. Pues también la misma sangre, fluyendo con humedad, llenando otras venas, se difunde como ríos y arroyos por todas partes. Así no hay género de criatura que no pueda reconocerse en el hombre: y así toda criatura en él gime y sufre, esperando la revelación de los hijos de Dios (Rom. VIII, 22, 23); que a través de la resurrección del cuerpo, aunque no en todos los hombres, sin embargo toda será liberada de la servidumbre de la corrupción, porque también en cada uno está toda. Y si de alguna otra manera mejor puede entenderse el mismo lugar de las Cartas apostólicas: sin embargo, de las mismas palabras no

se sigue que debemos creer que el sol y la luna y las estrellas gimen, hasta que al final del siglo sean liberados de la servidumbre de la corrupción.

CAPÍTULO IX.

12. Ciertamente, ya que he dicho, Se lee en los Libros divinos, y creemos; no sea que te engañe lo que suelen citar del libro de Job santo, donde está escrito: ¿Cómo será justo el hombre ante el Señor, o cómo se limpiará el nacido de mujer? si manda a la luna, y no brilla, ni las estrellas son puras ante él; cuánto más el hombre podredumbre, y el hijo del hombre gusano (Job XXV, 4-6)? Pues de aquí quieren entender que las estrellas tienen espíritu racional, y que no son puras de pecado: pero que están en los cielos, porque una culpa menor mereció un lugar mayor. No creo que esta sentencia deba ser recibida por la autoridad divina: pues no la pronunció el mismo Job, a quien de un modo singular se le da testimonio divino de que no pecó con sus labios ante el Señor (Job I, 22); sino uno de sus amigos, que fueron llamados consoladores de males todos (Job XVI, 2), y fueron reprobados por sentencia divina. Así como en el Evangelio, aunque es completamente cierto que se dijeron, no obstante no se cree que todo lo que se dijo sea verdadero; pues la Escritura veraz del Evangelio testimifica que muchas cosas fueron dichas falsas e impías por los judíos: así en este libro, donde se narra que muchas personas hablaron, no solo se debe considerar qué se dice, sino también quién lo dice; para que no recibamos indiscriminadamente lo que está escrito en cualquier libro santo, y nos veamos obligados a admitir, lo que no sea, que fueron verdaderas y justas las cosas que la insensata mujer sugería a su santo esposo, para que hablando algo contra Dios se liberara muriendo de aquella intolerable pena (Job II, 9). No lo digo porque esos amigos reprobados por el Señor, y justamente culpados por el mismo siervo santo de Dios, no pudieran decir nada verdadero: sino porque no todo lo que dijeron debe considerarse verdadero. Pues aunque no dijeron nada verdadero contra Job, sin embargo, quien sabe discernir sabiamente las palabras, puede tomar alguna sentencia sana de sus palabras como testimonio de la verdad: pero cuando queremos que algo se nos pruebe con el testimonio de las sagradas escrituras, no se nos diga que debemos creer también lo que está escrito en el Evangelio, si acaso el evangelista menciona que lo dijo alguien a quien no se debe dar fe. Pues se dijo allí por los judíos al Señor Cristo, ¿No decimos bien que eres samaritano y tienes demonio? (Juan VIII, 48). Cuanto más detestamos esta voz, más querido nos es Cristo: sin embargo, no podemos dudar de que fue emitida por los judíos, quienes creemos la narración evangélica veracísima. Así no quitamos fe al evangelista que escribe, y aborrecemos la voz blasfema del judío. Y no solo a los hombres impíos y nefandos, sino tampoco a los mismos párvulos en la fe y aún rudos e indoctos, que tal vez se mencionan hablando allí, les acomodamos fe como a la autoridad canónica. Pues no porque aquel a quien el Señor abrió los ojos del ciego de nacimiento, dijo, Sabemos que Dios no escucha a los pecadores (Juan IX, 31), por eso debemos aceptar esta sentencia como autoridad evangélica, para oponernos a las mismas palabras del Señor en el Evangelio, quien afirmó con voz divina que aquel que dijo, Señor, sé propicio a mí pecador, descendió más justificado del templo que el fariseo que recordaba y se jactaba de sus justicias (Lucas XVIII, 10-14). Ni se ofenda este recién iluminado en la carne, porque dijimos que en el inicio de su fe, cuando aún no sabía quién era el que lo había sanado, pronunció una sentencia menos circunspecta, porque Dios no escucha a los pecadores: pues los mismos Apóstoles, elegidos sobre los demás y adheridos a los costados del Señor y pendientes de su boca, se encuentran haber dicho muchas cosas que deben ser reprobadas, que es prolijo recordar, de modo que el bienaventurado Pedro, por algunas de sus palabras, no solo mereció ser reprendido, sino también ser llamado Satanás (Mateo XVI, 23).

CAPÍTULO X.

13. Aunque en comparación con la justicia de Dios, si ni los santos ángeles en los cielos se dicen justos, no me parece una sentencia inapropiada: no porque para ser esto, cayeron de la justicia; sino porque fueron hechos, y no son Dios, y no pueden tener tanto de la luz espiritual, cuanto tiene aquel por quien fueron hechos. Pues allí está la suma justicia, donde está la suma sabiduría: y esto es Dios, de quien se dice, Al único sabio Dios (Rom. XVI, 27). Pero es otra cuestión, cuánto de la justicia misma pueden captar los ángeles, y cuánto no pueden captar. Pues de cuya participación son justos, por su comparación no son justos.

CAPÍTULO XI.

14. Pero esta es, como dije, otra cuestión; otra sobre las estrellas y el sol y la luna, si tienen o no espíritus racionales en estos cuerpos visibles y luminosos: que son cuerpos, quien lo duda, ignora completamente qué es un cuerpo. Ni esto nos concierne mucho, para que con sumo estudio nos preocupemos por indagarlo, que están alejados de nuestros sentidos y del entendimiento de la debilidad humana, ni están puestos en las Escrituras de tal manera que se nos haya mandado su conocimiento. Más bien, para no precipitarnos en sospechas hacia fábulas sacrílegas, clama la Escritura divina, No busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú; sino que lo que el Señor te ha mandado, eso piensa siempre (Eclesiástico III, 22): para que más bien parezca que debe culparse la presunción temeraria en estas cosas, que la ignorancia cauta. Ciertamente dice el Apóstol, Ya sean Tronos, ya sean Dominaciones, ya sean Principados, ya sean Potestades (Colosenses I, 16). Y por lo tanto creo firmemente que hay Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades en los aparatos celestiales, y tengo fe indudable de que difieren entre sí en algo: pero, para que me desprecies, a quien crees ser un gran maestro, no sé qué son estas cosas, ni en qué difieren entre sí. Ni creo que esa ignorancia me ponga en peligro, como la desobediencia, si descuido los mandamientos del Señor; y por eso creo que el Espíritu de Dios, a través de nuestros autores, escritores de las sagradas escrituras, no las expuso completamente, sino que las tocó y rozó rápidamente; para que si a alguien tal como nosotros, por una revelación más alta, se le mostrara algo de este tipo, no crea que fueron inferiores aquellos por quienes se nos ministraron las sagradas proclamaciones de las Escrituras canónicas. Pues cuanto más progresa alguien en conocimiento, tanto más se encontrará por debajo de esas Letras, que Dios ha establecido como un firmamento sobre todos los corazones humanos. Por lo tanto, no es necesario saber más, sino saber con moderación, como Dios ha repartido a cada uno la medida de la fe (Rom. XII, 3). Tal vez te enseñen estas cosas los más doctos, si les llevas tanto deseo de aprender, como cuidado tienes de saber; para que no opines que lo desconocido es conocido; para que no creas lo que no debe creerse, o no creas lo que debe creerse. Más bien, te enseñará aquel único Maestro y verdadero, ya sea a través de ellos, o por los modos que quiera, quien te observa trabajando por su Iglesia, donde también ha conferido esto en ti: él mismo revelará más ampliamente la verdad, quien ve al que llama, a quien ha dignado dar la caridad.